

Los primeros años de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana y el comienzo del Hospital Universitario San Ignacio

GERMÁN PALOMARES DE FRANCISCO, MD¹

Es muy agradable para la vida ya en descenso, poder contribuir con algunos recuerdos que destacan los más inolvidables sucesos acontecidos al comienzo de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana, que abría sus puertas a la juventud teniendo en cuenta que en sus primitivos claustros, y de esto hace ya bastantes años, se alojaron muchos estudiantes deseosos de hacer algo útil por la humanidad.

Y, algo más satisfactorio aún, el poder referir hechos que no deben quedar en la penumbra por lo que significan desde el punto de vista de haber compartido con amigos y colegas, y por haber constituido el principio de una empresa de gran satisfacción en

la vida de ese conjunto de médicos que formaron parte del naciente Hospital Universitario de San Ignacio. Ellos fueron los cimientos de la actual generación de médicos javerianos.

Formé parte del grupo de los primeros bachilleres del colegio San Bartolomé de La Merced, que inauguró su nueva residencia en el barrio La Merced, después de abandonar el antiguo claustro de la calle 10 de Bogotá.

Hubo dificultades de adaptación porque su traslado fue precipitado, debido al afán de entregar al gobierno el edificio de la calle 10, donde muchos años tuvo su sede el colegio San Bartolomé, pues venía funcionan-

¹ Alumno fundador graduado el 27 de mayo de 1950.

do allí desde 1638, año de su fundación.

Hasta 1941 la educación universitaria en la Carrera de Medicina había estado en manos del gobierno. No había educación privada en este ramo. Eran insuficientes las facultades de medicina existentes en el país, y en los últimos años muchos eran los bachilleres que por esta razón no podían seguir la carrera. Además la selección para el ingreso a dicha facultad daba mucho que desear.

Se decía que en la Universidad Nacional los exámenes de admisión los llevaba a cabo una psicóloga española, quien había puesto en práctica un sistema que limitaba el ingreso a un número de estudiantes, de acuerdo con la capacidad de cupos que tuviera la facultad en esos momentos, y que con ello se intentaba que ingresaran los mejores.

Pero, sobre estas pruebas de admisión se hablaba mucho, unas veces en pro y otras en contra. Así, se decía que la prueba no reflejaba la preparación completa del bachiller, que se buscaba no tanto los conocimientos como las aptitudes del futuro médico. Este sistema, bueno o malo, era el empleado para hallar solución al problema frente a la imposibilidad de recibir todos los aspirantes que pasaban la prueba.

En medio de esa desconfianza por la veracidad de la prueba, se supo que en realidad los tests podían ser conocidos con anterioridad y, lo más alarmante: ¡que podían ser comprados!

Aquello repugnaba a nuestra manera de ser y a nuestra recta formación, por lo que no estuvimos dispuestos a aceptar algo tan contradictorio a nuestros principios. A pesar de todo y tratando de convencernos a nosotros mismos que lo que se decía acerca de los exámenes de admisión a la Nacional era fruto de los enemigos del sistema, nos sometimos a la prueba confiando en la pulcritud de nuestras instituciones, queriéndolas ver respetables y serias.

Todos pasamos el examen, pero fueron escogidos los mejores según el test, quedando por fuera la mayoría con una gran desilusión de lo que empezaba a ser una nueva vida: la universitaria.

Para quienes teníamos definida la vocación fue un duro golpe. Debíamos acudir a otra universidad, fuera de la ciudad o fuera del país. La capacidad económica, la premura de tiempo, el idioma y otros problemas personales fueron el conjunto de situaciones difíciles que debíamos enfrentar. No teníamos dónde estudiar. Esa era la realidad.

Los días posteriores fueron de intensa preocupación, de activas dili-

gencias para solucionar este *impasse*. Nos dedicamos a hacer solicitudes de admisión a universidades del extranjero, ayudados por amigos que cursaban sus estudios en el exterior, o a universidades de otras ciudades del país. Esa preocupación fue nuestra compañera inseparable en la situación que estábamos viviendo.

En este trance nos encontrábamos, cuando supimos de un grupo de médicos que se había dirigido al rector de la Pontificia Universidad Javeriana, Padre Félix Restrepo, S.J., para plantear la posibilidad de fundar una facultad de medicina con el patrocinio de la ya famosa universidad.

Resultó muy consoladora la noticia y nuestra atención se dirigió de inmediato hacia esa perspectiva. Diariamente averiguábamos sobre los resultados de esta propuesta. Pronto fuimos informados del éxito de esta gestión: ¡Podíamos inscribirnos como candidatos a formar el grupo fundador de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana. En menos de diez días nos encontrábamos dentro de sus claustros conociendo el programa y reuniendo los requisitos exigidos para formar parte de sus primeros alumnos. Iniciamos tareas en el mes de marzo de 1942, en el claustro de la calle 10 con carrera 7 de la ciudad de Bogotá.

El primer año fue de expectativas, como a las que se somete toda nueva empresa: improvisación de salones de clase, búsqueda de sitios dónde hacer prácticas de laboratorio, locales dónde escuchar conferencias magistrales, etc. Todo el conjunto de actividades que conlleva organizar una facultad en pocos días.

Nos dedicamos al estudio de la anatomía, siendo la única actividad extraordinaria la consecución de huesos humanos. En las primeras horas del día recibíamos la clase de química en el Instituto de La Salle, lugar al cual llegábamos después de una ardua subida y en cuyo recorrido frecuentemente encontrábamos a nuestro profesor Azcuénaga Cachón con su automóvil varado. Al auto le había sido imposible dominar la pendiente, por lo tanto, si deseábamos la clase debíamos empujar el vehículo hasta su destino.

El profesor de anatomía, Néstor Santacoloma, tenía por costumbre darnos ánimo para enfrentar las dificultades que se veían venir. Nos perturbaban los informes, en muchas ocasiones alarmistas del diario "*El Liberal*" de Bogotá, que en su página universitaria de los lunes publicaba algunas voces preocupantes sobre la situación de nuestra facultad.

A mediados del año tuvimos un nuevo sitio para recibir las clases de

osteología: estaba situado al lado del Palacio de San Carlos, sobre la carrera 6ª. Allí también recibimos otras materias, como la fisiología dictada por el profesor Hernando Ordóñez; el dibujo anatómico por el profesor y dibujante extraordinario Sergio Trujillo Magnenat; botánica médica por el profesor Hernando García Barriga, botánico de la Universidad Nacional, materia que en ese entonces era una novedad en los currículos de las facultades de medicina. Esta nueva enseñanza, introducida por el profesor José del Carmen Acosta, nuestro primer decano, no deja de hacernos pensar hoy después de 40 años de ejercicio profesional, que en otras medicinas alternativas o mejor, terapéuticas, también se encuentran soluciones a las enfermedades, y que por lo tanto, no deben pasar desapercibidas ni ignoradas.

En el segundo año comenzamos casi igual número de alumnos: unos 110 entre los cuales había algunos venezolanos. Ningún alumno, que yo recuerde, fue rechazado por haber perdido materias el primer año. Hubo sí, algunas rehabilitaciones en osteología, pero la verdad es que no fueron altas las notas del grupo.

La expectativa de lo que pudiera suceder con la facultad creció en este nuevo año. No se sabía a ciencia cierta si se obtendría aprobación por parte del Gobierno, porque una de las

condiciones era contar con el hospital y obtener la financiación para crearlo era una posibilidad bastante remota. Vivíamos pendientes de lo que nos pudiera contar al respecto el Padre Félix Restrepo, S.J.

Cada vez se hacía más difícil la consecución de cadáveres, y la política, que todo lo daña, se entrometió en este asunto. Los comentarios del "*El Liberal*" lograron su efecto nocivo en contra de nuestra facultad.

A pesar del prestigio del Doctor José del Carmen Acosta, como persona de valores científico y social, se enfrentaban muchísimas dificultades en la obtención de cadáveres para estudio, pues con argumentos inválidos se negaban a expedir la autorización correspondiente. Inexplicablemente, en el cementerio se traspapelaban las órdenes de entrega, o aparecían, pero sin firma de parte de los mandos medios de la Secretaría de Salud del Distrito. El famoso Alcides, empleado encargado de la Administración del Anfiteatro, perdía inmisericordemente su tiempo en repetidas idas y venidas al cementerio. Una intervención afortunada fue la del Doctor Juan Pablo Llinás, eminente médico que ejercía en Bogotá y que más tarde sería nuestro profesor de Anatomía Patológica.

El Doctor Llinás tenía una gran amistad con el entonces Presidente de la República, y esto fue factor

decisivo para el futuro de la facultad. Gracias a su influencia obtuvimos el primer cadáver, que fue depositado en la casa de la carrera 6ª, vecina al Palacio de San Carlos, en la nevera de la misma. Allí permaneció por varios meses, sirviéndose para las primeras clases sobre partes blandas. Ya en los últimos días sus tendones y nervios parecían cuerdas de un instrumento musical. Estaban resecos.

Ya no cabía duda de la presión constante de parte de la Secretaría de Salud y la Administración del Cementerio en contra nuestra para poder obtener cadáveres que necesitábamos para disección y estudio de partes blandas. Pero la razón triunfó, las dificultades fueron vencidas, y a finales de año disponíamos de un número suficiente de cadáveres suministrados por el anfiteatro de la calle 22 sur de la ciudad de Bogotá.

En el mismo segundo año, la Universidad Javeriana adquirió un lote en la dirección anotada anteriormente donde, supuestamente, debía levantarse el futuro Hospital San Ignacio. Comenzó la construcción de algunos salones que en principio sirvieron de anfiteatro y en donde realizamos las primeras disecciones. Nuestros profesores de Anatomía de ese entonces fueron los Doctores Bernal Tirado, Márquez Villegas, Rubio e Isaza Cadavid.

A mitad de año quedaron acondicionados los salones. Para llegar a clase viajábamos todas las tardes durante una hora en bus y nos bajábamos a pocas cuadras del lugar, excepto algunos pocos que hacían el mismo recorrido en sus carros particulares. Durante el viaje terminábamos la preparación de la disección y generalmente completábamos el trabajo en las horas de la noche, iluminados por una vela, pues aún no disponíamos de energía eléctrica en los salones.

A fin de año, cuando entró de lleno el invierno, o sea de octubre en adelante, las disecciones fueron entregadas con los salones inundados, pues las ventanas aún no habían sido instaladas y el agua de la lluvia penetraba por los huecos. Afrontamos toda clase de incomodidades: sobre los ladrillos instalábamos las velas que alumbraban nuestros trabajos anatómicos. Además contribuíamos un espectáculo para los vecinos, quienes se apostaban en las ventanas a vernos trabajar. No faltaron las historias espeluznantes alrededor de nuestra labor. Todo esto suscitó toda clase de especulaciones en la página universitaria de "*El Liberal*" en el que se hablaba que a los cadáveres se les pone vestido de baño, porque no se permite que permanezcan desnudos. Además se comentaba que la construcción del hospital no sería iniciada por falta de medios económicos.

Nuestras esperanzas se fundaban en que iniciado el tercer año de estudio, también se iniciara la construcción. Con esta duda terminábamos el segundo año y con la misma iniciamos el tercero. Frecuentemente visitábamos al Padre Félix Restrepo, S.J., para averiguar sobre el particular. Sabíamos a ciencia cierta que la aprobación no sería dada si no se llenaba el requisito del hospital, pero no se contaba con el dinero para su construcción. Por la falta del mismo no podía dictarse la cátedra de Semiología y temíamos que por la misma razón no tendríamos el lugar para las clínicas de medicina interna y cirugía.

El Padre Restrepo, extraordinario y elocuentísimo expositor, nos hablaba de comparar la facultad con un pequeño barco que acababa de zarpar en un mar tenebroso y lleno de peligros. Era una aventura a la que estaríamos expuestos: un barco débil y pequeño que podría naufragar en cualquier momento. Tendríamos que estar listos a sacar el agua para evitarlo y tratar de llegar a salvo al puerto de destino. Sólo lo lograríamos con la ayuda de Dios.

Muchas fueron las reuniones precedidas por el Padre Restrepo a las que acudimos llenos de temores y salimos plenos de optimismo, eufóricos, seguros y con la certeza de culminar nuestra carrera. Tal era el poder de convicción del Rector.

En el cuerpo médico también encontrábamos palabras de estímulo, los profesores iniciaban sus magistrales cátedras con proclamas a la voluntad, al no dejarse doblegar y seguir adelante venciendo todos los obstáculos. Los Doctores Néstor Santacoloma y Juan Pablo Llinás, templeaban nuestros ya debilitados nervios que se estremecían de solo pensar que habíamos perdido nuestro tiempo y dinero, que ya no quedaba nada que hacer y que los obstáculos eran imposibles de salvar.

Se constituyó una entidad dirigida por el Padre Antonio Granados, S.J., encargada de conseguir benefactores que contribuyeran con sumas de dinero para la construcción del hospital; recibían como testimonio de su generosidad un Cristo enmarcado en un cuadro de carey, que empezó a adornar las casas de todos los alumnos.

Era evidente que ni los padres jesuitas, ni las directivas de la Universidad estaban dormidos y que deseaban dar solución al problema que nos inquietaba.

Dos hospitales de Bogotá podían solventar nuestras carencias: el Hospital San Juan de Dios y el San José. Pero en el San Juan de Dios estaban los estudiantes de la Universidad Nacional y no había campo para otra facultad. En el San José, dirigido por la Sociedad de Cirugía, existía una fuer-

te oposición por parte de un buen número de socios, a prestarnos el servicio, ni siquiera durante el tiempo de construcción del nuevo hospital.

En ese momento nuestra necesidad urgente se concretaba en tener algunos pacientes con quienes iniciar el estudio de la semiología.

Una mañana el Padre José del Carmen López, S.J., entonces Decano de Disciplina de la Facultad, nos informó que al día siguiente empezábamos nuestra semiología en el Asilo de Mujeres Indígenas de Bogotá, situado en la calle primera con carrera 14. Como esa institución dependía de la Beneficencia de Cundinamarca, podíamos estar tranquilos.

No íbamos a incomodar a nadie y además solucionábamos esta necesidad inmediata. Allí comenzamos el estudio del conocimiento de los síntomas bajo la dirección del profesor Hernando Ordóñez, quien también nos dictaba la fisiología, materia que conocíamos y habíamos estudiado el año anterior.

El aumento de estudiantes de la facultad nos servía de aliciente, pues considerábamos que si había un crecido número de alumnos era menos factible el cierre de la misma. En total éramos doscientos, un grupo suficiente de colombianos reclamando un derecho y un pronto remedio al problema

que nos aquejaba. En medio de la desesperanza, vislumbrábamos cambios de actitudes que podían influir en la tan ansiada solución.

Quienes escucharon el relato de nuestra vida estudiantil nos admiraron y consideraron como aguerridos y valientes soldados que luchaban por una justa causa: el derecho a la educación y a la protección del Estado.

Entre una mezcla indefinible de emociones, decepciones e ilusiones, nos sentíamos orgullosos de ser fundadores de una obra, que hoy la vemos gloriosa, por el inmenso ejército de médicos diseminados por toda nuestra patria y aún por el exterior, ejerciendo dignamente la profesión y llevando con orgullo el título de JAVERIANOS.

En algunas ocasiones de inseguridad e incertidumbre, hubo quien pensara en viajar al exterior a continuar la carrera, o en el cambio de universidad en el país, en buscar nuevos rumbos. Una mañana, al acudir a la acostumbrada clase, nos encontramos con la ingrata nueva de que, precisamente los hijos de los médicos, compañeros nuestros, se habían retirado y que fueron recibidos en masa en la Universidad Nacional. ¡Qué duro golpe fue este! Significaba que ya no había esperanza. Seguramente ellos recibieron información que aún no conocíamos y tomaron esta decisión sin comuni-

carnos nada a quienes no éramos hijos de médicos.

Acudimos al Rector quien nos confirmó la noticia y nos instruyó sobre la situación real respecto a las inmensas dificultades presentadas para obtención de la correspondiente aprobación de la facultad por parte del Gobierno Nacional, siendo la razón principal la falta del hospital.

Como siempre el Padre Félix nos inyectó fe y coraje. Nos habló de nuevas propuestas del Hospital de San José, y de otros proyectos. Confiábamos en la ayuda de Dios y guardábamos la esperanza de que nuestro barquito llegara a puerto seguro.

Llenos de curiosidad, iniciamos averiguaciones sobre la razón del retiro de los hijos de los médicos, encontrando la siguiente situación: hubo algunas reuniones del Doctor José del Carmen Acosta y algunos médicos que quisieron concretar al rector para que asegurara el futuro de la facultad. Ante la negativa del Padre de ofrecer algo seguro, optaron por pasar a sus hijos a la Universidad Nacional, que no solamente les abrió las puertas sino que aceptó el tiempo de estudio en la Javeriana, es decir, continuarían sin interrupción la carrera, sin perder ningún año. No había duda de las magníficas palancas y de los privilegios obtenidos gracias a ellas. Tenían razón de abandonar el barquito y abordar el

trasatlántico que los conduciría al destino final.

Según nos informaron posteriormente, la reunión antes referida fue tensa: se oyeron voces de protesta de inconformidad y de desengaño. Manifestaron la imposibilidad de seguir sosteniendo una situación sin asidero. No debían confiar más en promesas. Finalmente, las razones de seguridad, económicas y algunas inventadas, justificaron su decisión.

El barquito estaba a punto de naufragar pero, aún haciendo agua, continuábamos nuestro itinerario afrontando todos los embates, contra viento y marea. Dominábamos el terror y guardábamos la esperanza de una pronta solución.

Continuábamos nuestros estudios de Semiología en el Asilo de Mujeres Indígenas, cuando recibimos la noticia de la entrada al Hospital San José. Nos iban a entregar camas con sus enfermos para el estudio de la Clínica Interna. Además, la Universidad Javeriana hizo un contrato por un determinado número de años con la Sociedad de Cirugía para que recibiéramos Semiología, Clínica Quirúrgica e Interna en este hospital, dejando la Ginecología y la Obstetricia en otro.

Sin embargo, no fue tan fácil: En dicho hospital se formó un movimiento dirigido y acaudillado por un médi-

co, acérrimo enemigo de la Javeriana y de los jesuitas, que con otros médicos internos amenazaron con hacer uso de la fuerza si fuera necesario, para evitar nuestra entrada a la institución. La entrada fue vetada a los javerianos.

Extendida la noticia entre nosotros, iniciamos un plan de defensa: reunidos y organizados llegamos al hospital el día fijado hacia las 5 ó 6 de la mañana, de manera que, cuando comenzó a actuar la organización en contra ya nos encontrábamos dentro de la institución, posesionados de un pabellón y listos para recibir nuestra primera clase.

Para estas cátedras fueron asignados los profesores Ramón Atalaya, Alfonso Uribe Uribe y Pablo Elías Gutiérrez. Si la memoria no me falla, fue el profesor Ramón Atalaya quien inauguró esta nueva etapa de estudios con una recordada alocución plena de palabras de estímulo que nos prometía éxitos en el futuro.

Nos asignaron a cada uno de nosotros, una cama con un enfermo. Después de clase procedimos a elaborar su Historia Clínica. ¡Ganamos una batalla! Tomamos posesión del hospital en contra del deseo de nuestros enemigos. Pero no todo paró aquí. Al día siguiente, llegamos a controlar a nuestros enfermos y nos encontramos con algo inesperado, insólito: por orden de un médico las historias fueron recoge-

das, porque no podíamos dejarlas en las pizarras como es lo usual, sino que debíamos llevarlas con nosotros para evitar que el hecho se repitiera.

Finalmente logramos terminar este año en el hospital, mientras que recibíamos la Clínica Ginecológica en el Hospital de La Samaritana y la Dermatológica en el Instituto Dermatológico Federico Lleras Acosta, a cargo de la Beneficencia de Cundinamarca. Al mismo tiempo nos preparábamos para recibir la Clínica Obstétrica en un edificio que se estaba acondicionando para ello, y que esperábamos que a fin de año recibiera las primeras pacientes. Este edificio estaba situado en la calle primera con carrera 24, contiguo al hospital de Variolosos, perteneciente a la Beneficencia de Cundinamarca. Aunque su vecindad era poco aconsejable para un hospital obstétrico, el local era el que menos inconvenientes presentaba y el que menos inversión exigía para cumplir su objetivo.

En la actualidad, de esta manzana ya no queda nada y si no fuera por algunas referencias no sería posible ubicar con precisión este sitio. Todo fue derribado y con él, “La Providencia” el primer hospital de la Universidad Javeriana. El Padre Félix Restrepo decía que recibió este nombre porque desde el principio se puso bajo su protección y, porque bajo este título se vencería toda dificultad.

Abiertas sus puertas, no acudieron la cantidad de pacientes que necesitábamos, por lo que tuvimos que salir por el barrio a buscar mujeres embarazadas y ofrecer los servicios del nuevo hospital.

Esta propaganda dio buenos resultados. A los pocos días de iniciada llegó la primera madre a tener su hijo en La Providencia. Nació un varón a quien se bautizó José Félix, haciendo con ello honor al Doctor José del Carmen Acosta, Director del hospital y al Padre Félix Restrepo, Rector de la Universidad. No fue difícil convencer a los padres del recién nacido de poner el nombre sugerido, una vez les explicamos lo que significaba su nacimiento y lo que queríamos celebrar. Desafortunadamente a este niño no lo acompañó la suerte para vivir esta vida. Murió meses después de una de las enfermedades más frecuentes, causa de la mortalidad infantil de esos tiempos.

Así surgió esta primera Institución dependiente de la Facultad de Medicina de la Universidad Javeriana, prehistoria de la misma facultad ya que la historia comienza con la creación de Hospital Universitario de San Ignacio.

Nacido el primer niño, pronto empezaron a llegar madres que querían tener su hijo allí. Llevadas algunas por la labor de proselitismo de los fundadores de la facultad y otras atraídas por

la magnífica atención que allí se brindaba.

En las primeras semanas nacieron un promedio de dos a tres niños. Eran escasos para la labor de docencia que ellos representaban. En la práctica nos consagramos a seguir al paciente con más cuidado y a sacar de las conductas seguidas el máximo provecho.

¡Qué gran colaboración prestaron las Hermanas de la Caridad en el desarrollo y mantenimiento de este primer hospital!, prolongando la tradición de la Comunidad que ya era admirada donde quiera que las religiosas intervenían.

El prestigio científico y social de su primer Director, profesor José del Carmen Acosta Villaveces, se constituyó en el primer impulsor de su progreso. Había camas de caridad, necesarias para la docencia y camas de pensionados que ayudaban a mantener económicamente la institución.

Todos los profesores, tanto obstetras, ginecólogos como pediatras fueron dignos colaboradores que contribuyeron al prestigio de ese momento y a la protección del futuro Hospital San Ignacio.

Los Doctores Hernando Caicedo Díaz, Ricardo Forero Vélez, Álvaro Espinosa, Ernesto Sabogal, Augusto Fernández, Eduardo Iriarte Rocha, con

el profesor José del Carmen Acosta a la cabeza, y los primeros internos, Ernesto Ramírez y Agustín Pachón, formaron parte del grupo inicial vinculado al Hospital de La Providencia. Siempre estarán en nuestra memoria estas personas, porque gracias a su desinteresada colaboración y consagración, el hospital salió adelante de todas las dificultades. A ellos nuestro reconocimiento por su labor docente y por su tenacidad para sacar adelante la admirable y colosal obra del presente.

Hubo pues grandes y pequeñas dificultades, algunas de ellas complicadas especialmente por la falta de teléfono. Utilizábamos en calidad de préstamo el del vecino Hospital de Los Valerosos que acababa de abrir sus puertas, y lo hacíamos a pesar de las posibilidades de contagio. No es raro que a la media noche se presentara la necesidad de una llamada urgente, siendo necesario despertar a la persona que debía abrir la puerta del hospital para poder telefonar. Alguna vez el timbre no fue suficiente para despertarla, teniendo que acudir a pequeñas piedras y golpear la ventana para sacarla del profundo sueño.

Otra dificultad, ésta si grave, era la necesidad de sangre. En estos casos debíamos de salir a cualquier hora para conseguirla. Con el fin de superar este *impasse* se tomó determinación de solicitar con anterioridad a los familiares de las futuras madres, sangre que

se almacenaba en el Banco de Sangre del Hospital San Juan de Dios. Se hizo un convenio con dicho hospital: si pasado cierto tiempo no la utilizáramos, la mencionada institución hospitalaria podía disponer de ella.

El laboratorio clínico estaba dirigido por el Doctor Andrés Luna quien nos prestó gran ayuda en las necesidades diarias y quien nos enseñó muchas cosas del personal médico del hospital.

Hoy, si miramos atrás para ver lo recorrido, recordamos con cariño y admiración todos los afanes y momentos difíciles superados, que en ese momento parecían enormes, gigantes. Solucionando los más graves problemas se creó la facultad y terminamos el *pensum* académico trazado y diseñado por el Doctor José del Carmen Acosta.

Se inició un nuevo período: el de la práctica, y con él nuevos problemas, porque no teníamos los medios para cumplir con este requisito indispensable para obtener el grado de Doctor en Medicina y Cirugía.

Nuevamente el Hospital de San José ofreció la posibilidad de algunos cupos para ejercer el internado. Era gracioso el hecho de que algunos de nosotros lo obtuvo gracias a la recomendación especial de cualquiera de los Miembros de la Sociedad de Ciru-

gía quienes tuvieron que reconocer los méritos de su recomendado, cuando en tiempos pasados se consideraba un enemigo irreconciliable de la Javeriana.

En la Clínica de Marly de Bogotá se presentaron dos cupos. En ese momento contábamos con la influencia del profesor Acosta, accionista y parte de las directivas de la clínica. Su sola propuesta era suficiente para que se tomara en cuenta la solicitud. Cuatro javerianos fueron aceptados para hacer el internado en este establecimiento. Desde el primer momento nos distinguimos por nuestra consagración, prudencia y buen ejercicio del internado, hasta tal punto que fuimos elogiados por el trabajo hecho y nos constituíamos en ejemplo para los demás compañeros. Esta recomendación fue suficiente para acreditarnos como capacitados, aptos y responsables para ocupar en el futuro cargos importantes en otras entidades hospitalarias.

Este grupo de distinguidos estuvo formado por Eduardo Acosta Bendek, Jorge Segura Vargas, Alfonso Aguirre Barragán y Germán Palomares de Francisco. Del Hospital de La Samaritana se distingue especialmente el profesor Jorge Cavalier, además de los Doctores Álvaro Luque Forero, Alberto Forero Gómez, Mario Hoyos Botero, Pablo Narváez Franco y Teodolindo Ibáñez.

Todos esos médicos han ejercido con gran éxito su profesión, dejando muy en alto el nombre de JAVERIANOS, merecedores de dignos elogios por sus servicios científicos.

En el Hospital de San José, de tanta importancia para la Javeriana, hicieron su internado los Doctores Alejandro Hakim Dow y Jorge Piñeros Bernal, hoy médicos muy apreciados y quienes también dejaron el nombre de la Javeriana muy en alto.

La Clínica Central, cuyo Director era el Doctor Agustín Arango Sanín, vivió el acontecimiento histórico del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, pues fue el Doctor Hernando Guerrero Villota, médico de ese Centro quien lo atendió tan pronto llegó.

Otro grupo lo constituyeron los médicos que viajaron a España a hacer sus especialidades: Doctores Gabriel Gómez Gómez, Álvaro Loboguerrero R. y Edgar Silva Benítez. Todos ellos ejercen hoy con mucho éxito en la ciudad de Bogotá.

Este conjunto de javerianos, sin duda fueron quienes abrieron las puertas a los futuros médicos que venían detrás. La discriminación cedió poco a poco, para bien del cuerpo médico del país, eliminando así todo motivo de desunión entre los integrantes de tan noble profesión.

Tiempo después, paseando por la carrera 7ª con calle 41, pudimos observar una estructura de cemento con varios pisos, que aunque desnudos, nos mostraba que ¡Ya había algo! El antiguo local, donde funcionó en forma ordenada el Anfiteatro fue vendido y su producto se invirtió en un lote también localizado en la incipiente construcción, como iglesia del pueblo, era la mejor propaganda para obtener auxilios.

Y, así fue en realidad. Una fundación atendía las necesidades primordiales del futuro Hospital de San Ignacio, llamado así en homenaje al Fundador de la Compañía de Jesús, y puesto además bajo su protección. La fundación mencionada, “Julio Ramírez Johns”, contribuyó a la construcción del hospital con magníficos aportes, y a su lado otros benefactores se destacaron por su generosidad, como don Álvaro Castellanos y el caso de doña Mercedes Sierra de Pérez que legó por testamento al hospital una gran fortuna.

La primera piedra del edificio se colocó y bendijo en el año 1945 el día de la fiesta de San Ignacio de Loyola. En ese entonces se contó con la presencia del Presidente de la República: Doctor Alberto Lleras Camargo y del Señor Arzobispo de Bogotá, Cardenal Luque. Además asistió la plana mayor de la Compañía de Jesús y los profesores y alumnos de la facultad.

Fue una ceremonia especialmente bella y emocionante porque al fin vimos concretados nuestros sueños y sacrificados esfuerzos.

En este nuevo edificio sería la sede de la familia javeriana que tuvo inicio en 1942. La unión, el apoyo mutuo, la fijación permanente de metas y la realización de las mismas, lo habían logrado.

Con la misma actitud del comienzo de carrera, pero con más altos ideales y optimismo multiplicado nos enfrentábamos a nuestra futura vida profesional. Fuimos templados en varias batallas, adquirimos responsabilidad y conocimientos. Estas características serían nuestras armas. Pronto los javerianos entramos a todas partes ocupando cargos de importancia.

Durante el gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla me llamaron de la facultad con el fin de saber si yo estaba dispuesto a ayudar: primero en la dotación de una consulta externa y segundo en la organización de la misma. ¡Mi sorpresa fue grande! ¿Por qué me llamaban a mí? En ese entonces me desempeñaba como Jefe de la Clínica Obstétrica en el Hospital de “La Providencia” y mi papel se reducía a colaborar en la docencia y estar presente en cualquier parto que se complicara. Esa era la función del llamado Jefe de Clínica en ese tiempo. Ahora

el mismo cargo tiene otra denominación, pero con las mismas responsabilidades y funciones. Me imagino que la razón por la que me llamaron fue, además de mi buena voluntad, por la consagración con que trabajaba en La Providencia.

El rector de la Universidad en esa época, el Padre Emilio Arango, S.J., me comentó que el Hospital de San Ignacio había solicitado una ayuda del gobierno para poder terminar la obra y entre las condiciones estaba la de iniciar una consulta externa o servicio médico en el sitio ya construido.

Acepté gustoso y con la ayuda del Dr. Francisco Ruiz Cuervo, estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana, comenzamos a comprar los elementos necesarios para la dotación de la Consulta. Acompañados de varias listas visitamos diferentes proveedores, buscando las condiciones más favorables para el hospital.

En menos de un mes, en el primer piso de la estructura del hospital empezó a funcionar el Servicio de Consulta Externa atendida por los Doctores Rafael Carrasco Amat, Jorge Bahamón Amat, Hernando de Portillo Carrasco, Teófilo Ramos, Francisco Pardo Vargas, Alfredo Schelesinger R., Germán Palomares de Francisco, Roberto Vergara Támara, Hernando Osorio Matamoros, Ernesto Sabogal,

Miguel Orticoechea y la técnica en rayos X, Nohora de Irigorri.

Casi todos eran Javerianos de las primeras promociones de la facultad, con excepción del Doctor Miguel Orticoechea de nacionalidad uruguaya y egresado de la Universidad de Montevideo.

Al lado de ese grupo de médicos colaboraba la Oficina de Servicio Social, dirigida por la señorita Inés Chávez, graduada como visitadora social y ayudada por sus colegas señoritas Isabel Gutiérrez y Cecilia Linares. Esto sucedía en los primeros días de octubre de 1955.

Pocos días después fue inaugurada oficialmente la consulta externa con una solemne misa a la que no pudo asistir el Presidente de la República General Gustavo Rojas Pinilla, por compromisos gubernamentales, pero en cambio estuvieron presentes la Primera Dama Doña Carola Correa de Rojas Pinilla, su hija María Eugenia Rojas y algunos ministros. Cabe anotar que Doña Carola era la presidenta de la Junta de Damas que trabajaba en la obra del hospital y su hija una de las personas más solicitadas porque atendía diferentes consultas a trabajadores de diversas actividades.

Entre los servicios de más movimiento estaban las consultas Ginecológica y Obstétrica que atendíamos con

el Doctor Roberto Vergara Támara y que estaba en íntima conexión con el Hospital de La Providencia, en tal forma que los controles se hacían en la Consulta recién inaugurada y los procedimientos quirúrgicos de remitían a La Providencia. Las pacientes ya conocían la relación entre las dos entidades y nunca pusieron objeción a la atención médica en el San Ignacio. Para la misma época se utilizaban el método psicoprofiláctico para el parto, y para ello se acondicionó uno de los salones de la Consulta. Nuestros médicos fueron los primeros que utilizaron este método en la conducción del parto.

La oftalmología fue atendida por el Dr. Rafael Bahamón B., quien realizó muchísimos procedimientos quirúrgicos ambulatorios y conformó el Servicio como hoy funciona.

Los Doctores Hernando del Portillo C. y Teófilo Ramos, hacían consultas previamente interrogadas en la Oficina del Servicio Social, porque de allí los pacientes eran remitidos a los especialistas de la misma consulta externa o, dependiendo del diagnóstico, se enviaban de acuerdo con la especialidad requerida, a los hospitales de La Samaritana, San José o al Infantil Lorencita Villegas de Santos. Posteriormente se vinculó a esta clase de consultas el Doctor Jorge Bahamón.

Otros especialistas, como el eminente urólogo Doctor Alfredo

Schelensinger, atendía los problemas de vías urinarias en ambos sexos y fue uno de los primeros en hacer este tipo de consultas en nuestro servicio.

El Doctor Francisco Pardo Vargas reforzó la atención de Ginecología y Obstetricia con la de Seno. Más tarde se vinculó a esta consulta el Doctor Hernando Osorio Matamoros.

El Doctor Miguel Orticochea tenía a su cargo Cirugía Plástica y Reparadora, y tuvo ocasión de hacer varias intervenciones quirúrgicas ayudado por la misma Jefe del Servicio Social cuando así se requería. Los grandes problemas quirúrgicos los solventaba el Hospital Municipal de la cercana población de Chía, gracias a un permiso otorgado por el director de dicho centro.

La primera intervención quirúrgica en el Hospital de San Ignacio fue realizada por el Doctor Orticochea en un niño de labio leporino en tan grave condición que se hizo necesario intervenir de inmediato, esterilizando el instrumental en la Facultad de Odontología.

El eminente pediatra, Doctor Ernesto Sabogal, hacía consultas a los niños, con su hermano en el Hospital de La Providencia, pero pronto inició algunas exposiciones docentes en el San Ignacio.

El servicio de Rayos X estaba a cargo del Doctor Alfonso Barrera, con la ayuda de la técnica, señora Nohora de Irragorri. Se servían de un aparato que inicialmente fue instalado en La Providencia y que luego se trasladó a nuestra Consulta Externa. El servicio se prestaba con frecuencia en pacientes con diversos tipos de fracturas, o cuando existía la sospecha de un embarazo múltiple, o se encontraban síntomas de feto muerto.

No podemos pasar por alto en este sucinto relato, el importante papel que jugó la Fundación “Julio Ramírez Johns”. Cuando iniciamos la Consulta, la mencionada Fundación prestaba ayuda a las personas más necesitadas a través de un laboratorio clínico donde se hacían exámenes de rutina. Muchas veces solicité ayuda a don Julio Ramírez para la compra de algunos elementos. Él gustosamente accedía a mis peticiones. Su ayuda no se limitó a la dotación del hospital, sino que, preocupado por las condiciones socioeconómicas de la gente que allí acudía e informado por la jefe del servicio social de los casos dramáticos de

miseria y abandono, don Julio, con su espíritu cristiano, sensible y bondadoso, ayudaba a la viuda desprotegida, al niño de la calle y al enfermo sin recursos económicos, con dinero que sacaba de su propio bolsillo.

Prácticamente el Hospital de San Ignacio empezó a funcionar con la prestación del Servicio de Obstetricia. Ya era necesaria una persona de dedicación completa y con conocimientos de administración hospitalaria. El nombramiento del Director del Hospital de San Ignacio recayó con el Doctor Carlos Dávila, y en ejercicio de sus funciones nació el primer niño en el servicio de Obstetricia. En este momento se terminó la autonomía de la Consulta Externa, dependiendo ahora de la Dirección del hospital.

Con no pocas dificultades, con una gran voluntad de servicio e inmenso deseo de progreso, este puñado de profesionales sacó adelante con gran éxito la Facultad de Medicina. De esto hace ya sesenta y cinco años, pero parece que sucedió en un cercano ayer.